NUM. 52. Precio de la suscricion.—Madrid, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.: seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 25 DE DICIEMBRE DE 1864. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs; un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Por fin la crisis que la semana anterior se estuvo cerniendo sobre nosotros, terminó felizmente, quedando todo como estaba, lo que prueba que no era posible mejorar. Ahora hemos entrado en otra nueva crisis que amenaza á los pavos, capones y demás bípedos con pluma. Los bípedos sin ellas les han condenado á pagar la patente en esta Navidad como en las anteriores. En la crisis anterior la Navidad no ha dejado de tener alguna influencia: en primer lugar la paga de Navidad ha entrado por mucho en las combinaciones rentísticas de los llamados, aunque no escogidos, para el ministerio de Hacienda; y en segundo lugar el gabinete que mas probabilidades tuvo de constituirse y ponerse al frente de los negocios, fue un gabinete *Pavía*. Hoy, en la crisis actual, regimientos de pavos pueblan las plazas y plazuelas de la capital de España, arrastrados por su destino inexorable y condenados á pasar entre las fauces así de los llamados como de los escogidos y aun de los que no son, ni han sido, ni serán escogidos, ni llamados.

Por lo demás, el metálico anda por las nubes. Los napoleones se fueron á buscar á Napoleon III, y los duros españoles no se divisan en la atmósfera sino por medio del telescopio como las nebulosas mas distantes. A principios de la semana el oro estaba al 4 por 100 y la plata á 4 y medio. Hoy no sabemos á cómo estará porque no hemos tenido desgraciadamente ocasion de averiguarlo. El señor ministro de Hacienda, sin embargo, ha encontrado fondos para dar la paga de Noche-Buena á todas las clases que dependen del tesoro y dársela anticipada. Tambien dicen que está asegurado el pago del semestre de la deuda interior y esterior; y añaden que el gobierno prepara para ser presentadas á las Córtes grandes medidas económicas que sacarán al Erario público de sus ahogos. Por de pronto lo que ha hecho el gobierno ha sido aumentar el interés que se da á los imponentes en la Caja de depósitos, estableciendo entre esta caja y las sociedades de crédito una competencia que en los momentos actuales puede ser ruinosa para muchas de ellas. No nos parece que el Estado deba ser especulador, y atraer á sí los capitales que están reclamando las obras públicas, el mejoramiento de la agricultura y el desarrollo de la industria; por lo mismo suponemos que esta medida dictada por el señor Barzanallana y que tiene sus puntas y ribetes de socialista, será paramente interina, en virtud de las circunstancias estraordinarias que atravesamos y cesará luego que se hayan adoptado esas resoluciones enérgicas que en el preámbulo del decreto á que aludimos se nos prometen con el concurso de las Córtes. No es de esperar otra cosa de los conocimientos económicos del señor Barzanallana, que pertenece á una escuela muy distinta de la que pudiera defender como buena y acertada la subida del interés.

En cuanto á la crisis mercantil, sentimos tener que decir que continúa, habiéndose esperimentado en algunas provincias quiebras de consideracion que han traido la ruina de muchas familias. Las causas que han producido esta crisis consisten en la desproporcion grande que existe entre el metálico y el movimiento mercantil. Este movimiento ha aumentado estraordinariamente se ha visto á falta del metálico en la precision de crear nuevos signos representativos de la riqueza en forma de acciones, de obligaciones, de pagarés, etc., etc., y en el momento en que ha cundido la desconfianza, han bajado considerablemente estos nuevos valores y se han producido las pérdidas consiguientes á la baja. Es preciso restablecer la confianza para que el comercio recobre su movimiento acostumbrado: ¿pero cómo restablecerla? Tal es la cuestion que en los momentos actuales no parece fácil de resolver.

A todo esto se han añadido en esta semana algunos choques y descarrilamientos, fruta obligada, segun parece, de todas las semanas. En el camino del Mediterráneo, entre las estaciones de Villarobledo y Minaya, hubo un descarrilamiento que produjo la muerte de una infeliz señora; el esposo de ésta y otras cinco ó seis personas mas, quedaron gravemente heridos; y algunos otros viajeros recibieron heridas ó contusiones leves. Segun nos han informado, el origen de este deplorable accidente ha sido el mal estado de la vía: hay en esta vía un gran trozo en que las traviesas están podridas, y si no se reponen pronto, no será el último descarrilamiento el que actualmente tenemos que lamentar. Ya estamos cansados de clamar porque el gobierno vigile á las empresas y reprima y escarmiente con mano firme los descuidos de que se hacen culpadas; hemos señalado dónde está el mal para que se aplique el remedio; pero no se aplica. Paciencia: si algun dia llegamos nosotros á tener el mas pequeño influjo en la materia, entonces le aplicaremos y por cierto de una manera radical.

Por no ser menos el ferro-carril del Norte que el del Mediterráneo, ha tenido tambien su choque. Este se ha verificado hácia la estacion de Matapozuelo. En Matapozuelo se inventaron hace tres siglos unas folías que se llamaban, como puede suponerse, las folías de Matapozuelo: la música se ha perdido; pero del baile hay tradicion que consistia en varios movimientos para poner la rodilla en tierra, despues la punta del pie, luego el talon y así sucesivamente. Debia de ser baile muy animado; lo cierto es que nos vino de Francia. Ahora bien, sin duda los maquinistas de los trenes que chocaron se acordaron de las folías de Matapozuelo y quisieron bailarlas con sus respectivas máquinas. De este baile, parece que afortunadamente no ha resultado ninguna desgracia personal. Por lo demás, el temporal tiene en muy mal estado todos los caminos, y aun los de hierro se resienten con sus retrasos de la crudeza del invierno que ha comenzado.

El sol ha entrado, en efecto, en el signo de Capricornio y este signo no es de buen agüero para los que quieren viajar. Por eso muchos viajes que se habian anunciado estos dias, se han suspendido y ya no se hacen. Mas vale así: cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Se nos ha dicho que la zarzuela *Pan y toros* de nuestro amigo Picon, ha salido bastante mutilada de la censura, y tal, que no la conoce el padre que la engendró. ¿Qué decia el señor Picon en esta zarzuela? Esta-

mos seguros de que ninguno de sus chistes ofendia la moral; y por lo mismo nos inclinamos á creer que la ofendida era la política. Esta señora se suele ofender de muy poco en ciertas ocasiones, mientras que en otras tiene grandísimas tragaderas. Hay que tomar el tiempo conforme viene: siempre habrá quedado algo, y el público hará despues sus comentarios.

Como presumíamos, no se ha confirmado hasta ahora la noticia de que el gobierno inglés haya decretado considerar á los insurrectos de Santo Domingo como parte beligerante. A lo menos en Lóndres nada se sabia de esto al principio de la semana. En Montecristi, segun las últimas noticias recibidas el martes, continuaban nuestras tropas en la inaccion esperando el buen tiempo y nuevos recursos. En cuanto á esperar recursos y buen tiempo, no nos ganan nuestras tropas á los españoles de por acá: el mal tiempo y la falta de recursos nos son comunes.

En estos dias de Pascua habrá algunos dichosos: todos aquellos á quienes hayan tocado los grandes premios de la lotería del 23, están de enhorabuena. Recibanla muy cumplida y acuérdense en estos momentos de los pobres y de los desgraciados, con lo cual serán felices dos veces, una por obra de la suerte que les ha proporcionado qué dar, y otra por obra de ellos mismos que esperimentarán el placer de haber consolado la miseria, placer de que solo pueden gozar los ricos porque cuesta caro.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DEMOSTRACIONES CRITICAS, PARA LOS LECTORES DE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, IMPRESO EN ARGAMASILLA DE ALBA.

(CONTINUACION.)

Párrafo V.

Parte I, cap. XVI. Nota 119, tomo I.

Diremos cuatro palabras antes de copiar el texto.

El arriero, que ve detenida por Don Quijote á la cogotuda asturiana, no pareciéndole bien la burla, enarbola el brazo y (dejándolo caer por supuesto) descarga la mas furibunda puñada sobre las estrechas quijadas del andante caballero. Súbese despues sobre sus costillas, y paseáselas mas que de trote; de tal modo, que el lecho en que yacia el pobre señor, cediendo á tan diabólico impulso, viene al suelo, á cuyo *gran ruido* despierta el ventero; y como ya sabia las mañas de Maritornes, váse derecho á buscarla, no diciendo: *¿quién es ella?* (como se cuenta que cierto juez decia), sino: *ella es.*

Texto de Cervantes. «La moza viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, *que aun dormia.*»

En lugar de *que aun dormia*, ha puesto el señor Hartzenbusch, *que aunque mal ya dormia*, y da de esta enmienda la siguiente razon: «*Aun* debe ser parte de un *aunque*, y luego vendria el adverbio *mal*(1), porque antes (pág. 135, segundo párrafo) se nos dice de Sancho: *Aunque* procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas.»

Cierto es que antes se dice eso; pero no por eso dejó de dormirse: prueba clara de que el dolor fue vencido por el sueño. Y no puede decirse que dormia mal, como escribe el corrector; porque bien, y muy bien, debia dormir, cuando no fue bastante para despertarle el *gran ruido* que despertó al ventero, que mucho mas lejos que Sancho se hallaba de la nocturna refriega.

Que aun dormia espresa dos cosas: que Sancho dormia al tiempo que Maritornes fué á acogerse á su lecho, y que (esto corresponde á el *aun*) contra lo que parecia natural, no habia sido bastante para despertarle, todo el estrépito de aquella infernal bataola.

Es verdad que Cervantes no determina el momento en que Sancho se durmió; pero sobre que al fin cogió el sueño no hay duda; y tampoco la hay sobre que dormia profundamente, y por consecuencia *bien* al tiempo en que se llegó á su lecho la caritativa asturiana.

Párrafo VI.

Parte II, cap. XV. Nota 92, tomo III.

Texto de Cervantes. «*Aceptólo* Carrasco y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza: hombre alegre y de lucios cascos.»

El señor Hartzenbusch corrige este lugar poniendo *Aprestóse* por *Aceptólo*; y dice, refiriéndose á esta última palabra: «Otra cosa escribiria Cervantes, porque lo de salir á encontrarse con Don Quijote fue *parecer particular* del mismo Carrasco.»

¿Y dónde se halla en el lugar del *Quijote* á que se refiere el corrector, el sugeto del artículo *lo*, que va incluido en *aceptólo*?

(1) ¿Discurriria de este modo Cuvier al tiempo de armar los esqueletos de los animales antediluvianos?

Lo que Carrasco *acepta* no es el encargo de salir á encontrarse con Don Quijote, sino que *acepta* por escudero á Tomé Cecial, que por escudero se le ofrece.

«Aceptólo Carrasco y ofreciósele por escudero Tomé Cecial,» es lo mismo que: Ofreciósele por escudero Tomé Cecial y aceptólo Carrasco.

Lo que hay que notar en este lugar es el dominio que tenia Cervantes en su idioma.

Ha invertido el órden de las ideas,—pues es primero *ofrecer* que *aceptar*;—pero por medio de esta inversion ha conseguido espresar su pensamiento de la manera mas espedita y elegante.

Hagamos un ensayo.

Dando ahora á las ideas su órden natural, y probando á decir lo que Cervantes dijo, escribamos: *Ofreciósele por escudero Tomé Cecial, y aceptólo Carrasco...* Esto escrito, tendriamos que volver de nuevo á Tomé Cecial, para decir quién era; y ya esta vuelta destruiria toda la soltura y gracia de la frase. Pruebe cualquiera á ver de espresar con mas sencillez, elegancia y precision lo que dicen las tres ó cuatro líneas del texto de Cervantes, colocadas al principio de este párrafo.

Párrafo VII.

Parte II, cap. IX. Nota 65, tomo III.

Texto de Cervantes. «En fin, el propio dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, *como no* la habia visto su señor.»

En lugar de *como no*, escribe el señor Hartzenbusch, *como casi no*; y dice: «El *casi*, que en ninguna edicion se halla, es preciso para que no haya contradiccion absoluta entre lo que se dice aquí de Don Quijote, y lo que él espresó en la parte primera, capítulo XXV, donde se lee: «En doce años... que há que la quiero... no la he visto cuatro veces.» Aunque no la viera sino de prisa y de lejos una vez sola, ya no podia sostener que *no* la habia visto.»

La correccion hecha por el señor Hartzenbusch, tiene por fundamento que la oracion *ni en su vida la habia visto*, se refiere á Dulcinea,—siendo así que se refiere á la casa de Dulcinea.—El supuesto, es, pues, falso; la correccion que es su consecuencia, no es válida.

Vamos á analizar, ciñéndonos á lo absolutamente necesario, las dos oraciones: «Sancho no sabia la casa de Dulcinea;—ni en su vida la habia visto.»

El pronombre *la* de la segunda oracion, se refiere al nombre *casa* y no al *Dulcinea* de la primera: 1.° como pronombre de tercera persona, que siempre dice relacion á la mas remota de las que intervienen en la conversacion ó frase; 2.° como término directo del verbo *ver*, enlazado mediante la conjuncion negativa *ni*, correlativa de *no*, con el término directo *casa*, del verbo principal de la oracion primera, que es *saber*; 3.° no siendo Dulcinea mas que un complemento determinativo de *casa*, el pronombre *la* no puede referirse á aquella, sino se espresa claramente con el pronombre demostrativo *esta*, en cuyo caso se diria: «Sancho no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida habia visto á esta.»

Examinemos ahora la cuestion mirándola bajo otro punto de vista, y dejando á un lado otras muchas razones gramaticales que pudieran darse.

El objeto que Cervantes se propuso en las dos oraciones que nos ocupan, fue poner bien á la vista la apurada situacion de Sancho, si queria dirigirse sin estraño auxilio á la casa de Dulcinea.

«Sancho no sabia la casa de Dulcinea» dice en la primera oracion; pero esto aun era poco: porque podia no saberla, y sin embargo haberla visto alguna vez, lo cual ya podria servirle de algun auxilio para buscarla y dar con ella. Pues bien, para significar que ni este recurso le quedaba al pobre escudero, añade despues: «ni en su vida la habia visto.» ¡Y ya se ve que no la habia visto! como que fueron inverosímiles mentiras cuanto dijo de su viaje al Toboso, en los sabrosos razonamientos que tuvo con Don Quijote, *Parte primera*, capítulo XXXI.

Por último, «Sancho no sabia la casa de Dulcinea ni en su vida la habia visto,» es lo mismo que: «Sancho no sabia, ni en su vida la habia visto, la casa de Dulcinea.»

Las palabras, como se ve, son las mismas; y si Cervantes prefirió el primer modo de colocarlas, al segundo, fue porque su oido maestro le llevó á la manera de decir mas llena y galana.—Por eso mismo, no dijo el malogrado Larra: «Señor don Pedro ¡así como sabe usted escribir supiera usted leer! sino: ¡Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir!»

Párrafo VIII.

Parte II, cap. LIX. Tomo IV.

Texto de Cervantes. «No comia Don Quijote de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, *no* abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia.»

Pellicer corrigió este lugar, suprimiendo el *no* que hemos subrayado; y el señor Hartzenbusch sigue en esto á Pellicer, sin decirnos la razon que para ello ha tenido.

Lo que sin duda puso en confusion á Pellicer, fue cómo pudo ingeniarse Sancho para comenzar á comer sin abrir su boca (1). En efecto, esto no es nada fácil; pero sí lo es comenzar á comer sin hablar palabra: y eso fue lo que hizo Sancho, y eso es lo que dice Cervantes.

No abrió la suya, vale donde está escrito, tanto como: *no habló palabra.*

Nadie ignora que *no abrió su boca*, *no desplegó sus labios* son modismos castellanos, que significan no romper el silencio.—Vaya un vulgar ejemplillo, quizá no estará de mas.

Así una *fingida tia*,
Vil aguilucho rapante,
A cierta doncella andante
En Salamanca decia:
«Oros son triunfos, Luz mia;
A Don Dinero hay que asirse.
Deja á una necia el morirse
De amor ó volverse loca.»
Y Luz, sin abrir su boca,
Bostezó y fingió dormirse.

De ninguna manera se afirma aquí que Luz bostezó sin abrir la boca; lo que se dice es que nada respondió á su tia.

¿No es una necedad de á fólio advertir que Sancho abrió la boca para comer? Una vez suprimido el *no*, debieron tambien suprimirse *abrió la suya y*: de este modo el lugar en cuestion quedaria bien, pero no espresaria lo que Cervantes quiso que espresase.

La correccion hecha por Pellicer tiene además el inconveniente de que con ella resulta Sancho en una actitud ridícula y fuera de toda verdad (que es lo malo). En efecto, cuando leemos: *abrió la suya...* no vemos comer á Sancho,—pues abre la boca antes de comenzar á comer,—le vemos sí con la boca abierta, como si estuviera entreteniéndose en arrojar y mirar su vaho en un dia rigoroso de invierno.

¿Paréceles á ustedes, señores correctores, que es poco trabajo hinchar un perro? ¿Les parece á ustedes que es fácil corregir á Cervantes?

En la edicion del *Quijote*, hecha por la Academia, se desprecia esta correccion de Pellicer, y se da la razon de ello en una breve *nota*.

Ahora, si la Academia tuvo razon ¿por qué no se la ha seguido? y si no la tuvo ¿por qué no se la ha refutado?

(Se continuará.)

ZACARÍAS ACOSTA.

LA NOCHE-BUENA.

Fígaro escribió con sangre su artículo titulado *La Noche-Buena*; Alarcon le ha escrito mojando su pluma de acero en las lágrimas del hijo pródigo; voy á escribir el mio con tinta... no me negareis el derecho de decir que esta es la mas negra.

Los artículos de Larra y Alarcon son dos joyas literarias por mas que sus autores no hablen en ellos sino de sí, moda reciente, no creada, pero sí elevada al trono por el eminente poeta inglés, que hasta en sus defectos es grande, pues sabe hacer que como Luzbel y como Vulcano en su deformidad, conserven algo que indiquen que han descendido del cielo; moda que muchos motejan porque no reflexionan que hay almas-espejos que diciendo siempre *yo*, hablan de todos los demás porque á todos los reflejan, y hay almas-narcisos que queriendo hablar de todos, solo de sí mismas hablan porque solo á sí mismas ven en el mundo; y moda por último, que si no sigo en este momento, es solo por impotencia; pues con motivo de la Noche-Buena, no podria contar sino una aventura, que como dice Zorrilla,

«Es una historia propiamente mia
Como otras muchas que á la vez se ignoran,»

y que se reduce á que por haber querido pasar la noche en un cementerio, porque la costumbre es pasarla en familia, y yo en los cementerios la tengo toda, me dispararon un tiro que desgraciadamente no me tocó y me acosaron unos perros y una vieja mucho mas temible que los perros, aunque ya falta de dientes.

Los artículos de Fígaro y Alarcon son tristes, ¿por qué gustan tanto esos gemidos entre el alegre canto de los villancicos? ¿Por qué se beben con tanto placer esas lágrimas en un dia en que el despótico calendario manda á la humanidad estar contenta? Este dia es el aniversario del nacimiento del consuelo de las almas tristes, el aniversario del nacimiento del cristianismo, Verónica que acude á enjugar el rostro de toda alma que sube trabajosamente con su cruz á cuestas por la senda del Calvario, el aniversario de la redencion de los

(1) Pellicer sin duda no habia resuelto nunca este difícil, aunque vulgarísimo problema: *decir hucros con la boca cerrada.*

pobres de oro, de fuerza, de inteligencia, que son por ser los mas pequeños, los Benjamines de Dios: este dia debian vestirse de júbilo los corazones coronados de espinas... y muchos se visten en efecto; pero este dia *no es de júbilo para los pobres de fe; y los pobres de* oro, de fuerza ó de inteligencia, si lo son de fe tambien, gimen este dia con mas fuerza que los demás, porque conocen que les falta un puesto en el festin de la vida. Fígaro y Alarcon han formulado estos gemidos y han encontrado coro. Han dicho, venid á llorar mientras todos rien, y han tenido un gran séquito. En ese dia que parecia que todos se hartaban, han preguntado quién tenia hambre, y les han contestado los mas: ¿han hecho cuanto podian? ¿No debieran haber terminado su obra dando de comer á los hambrientos?

No dispongo yo de los tesoros de que Fígaro disponia, de que Alarcon dispone aun para socorrer á las almas pobres, pero ya que no pueda ofrecerles lo que ellos, les ofreceré mi humilde óbolo, esperando que agradezcan mi intencion. Nunca ha visitado mi casa la envidia porque la llena la idea de que todos los seres creados somos olas de un mismo mar que nos confundimos y separamos continuamente. Por eso me enorgullecen las agenas victorias, me alegran las agenas alegrías y siento el rechazo de los agenos dolores. Pero no me es posible hacer que todos los estómagos digieran el pan de esta creencia. En forma de cuento ó de parábola diré algo que sea mas sencillo y menos opiado que una disertacion filosófica. Niños que no teneis nacimiento, ni tambor, ni sopa de almendra y os calentais las manos entumecidas, mientras el alma está absorta en una idea no siente el cuerpo, ni el cuerpo que permanece como muerto siente el frio, ni el calor, ni la sed, ni el hambre. Por eso el poder de la abstraccion es el secreto de los grandes caracteres. Formad corro en torno mio y escuchadme. Voy á serviros un cuento para cenar. No es cena muy sustanciosa, pero entretiene, y mientras se está entretenido, se olvida que se vive, y á no sentir la vida se reduce el vivir bien. Escuchad:

II.

Era una de esas noches en que la naturaleza parece haberse olvidado de que hay pobres. El cielo lucia un manto de color de perla; la tierra estaba cubierta con un sudario de nieve. A la puerta de un rico yacia envuelto en una pobre capa mas agujereada que un cedazo y mas sutil que un argumento de Scoto, un pobre anciano, que segun la frase de un amigo mio, habia dado un salto mortal mayor que los del mejor gimnasta, habia saltado desde un lunes hasta un sábado sin tropezar en un garbanzo ni en una miga de pan.

La ciudad entera ardia en gozo. Por todas las ventatanas salian á torrentes rayos de luz, cantares y carcajadas; músicas alegres, chicos con tambores, zambombas y almireces, grupos de gente del pueblo con panderetas y guitarras recorrian las calles preservándose del frio con tragos de vino de todos colores; y de todas las chimeneas salia humo, y todas las confiterías brillaban adornadas como cortesanas de príncipe en una orgía, y todas las plazas cuajadas de gente y víveres ensordecian el espacio con sus gritos de compradores y vendedores, y todos los teatros estaban llenos y todos los niños encendian sus nacimientos, y todos los abuelitos se olvidaban de que sonaba la hora de recogerse y hasta los perros y los gatos estaban de enhorabuena por la conmemoracion de la venida al mundo del Hijo de Dios.

Esto prueba que la escena pasaba á 24 de diciembre, pero ignoro el año y el nombre de la ciudad.

El pobre anciano, llamémosle Lázaro á falta de otro nombre mejor, presenciaba esta algazara y dos lágrimas de desesperacion corrian por sus mejillas.—Todos son felices menos yo, suspiraba, ¿qué he hecho yo Dios mio para padecer donde todos gozan? ¿Esta desigualdad viene de Dios? ¿Qué motivo la causa? ¿Viene de los hombres? ¿Por qué Dios la permite? ¡Oh! ¡maldito el dia en que nací y la noche que dijo concebido varon!

En aquel momento empezaron á entrar en la calle los coches de los que acudian á la cena del rico. En los salones rompió la orquesta en cien cambiantes de armonía como una fuente artificial en cien juegos de aguas y colores; las antorchas de los criados corrian en todas direcciones como otros tantos meteoros, la multtud llenaba las aceras, las damas y los galanes cubiertos de oro y de diamantes, penetraban en el pórtico murmurando poemas de amor. El pobre prosiguió:—¡Unos tanto y otros tan poco! ¡Ah fortuna, fortuna! ¿cuándo serás cuerda una vez?

En este momento, una mujer muy vieja, muy flaca, tanto que mas que otra cosa parecia una sombra elegante, lujosamente vestida y cuidadosamente pintada y empelucada, se detuvo delante de Lázaro y le dijo:—¡Hola murmurador! ¿qué tienes que decir de mí?

—¿Quién sois, señora? le preguntó el mendigo admirado de que tan alta dama se tomara el trabajo de hablarle.

—Soy la fortuna, le respondió la vieja, y estoy ya cansada de que se me calumnie. Vamos ¿qué tienes que reclamar contra mí, mostrenco?

—Si soy mostrenco, replicó el pobre incomodado, á vos os lo debo que me habeis hecho lo que soy, y de lo que me quejo es de que repartais tan mal vuestro patrimonio entre vuestros hijos.

—Doy á cada uno lo que merece.

—¿Y por qué merecen mas unos que otros? En la *nada todos seremos iguales ¿por qué tenemos que cantar* aquello de

«Los árboles en el campo
nacen con su distincion
unos nacen para santos
y otros para hacer carbon?»

—Doy á cada uno lo que mas le conviene.

—A nadie le conviene padecer.

—¿Y crees tú que unos padecen mas que otros?

—Vaya si lo creo.

Pues para que te desengañes voy á hacer contigo una prueba.

—¿Cuál?

—Vas á convertirte en quien quieras. Vas á olvidar lo que eres y ser lo que deseas, y en cuanto desees ser otra cosa, en otra cosa te convertiras.

—¡Oh señora!

—Pero te advierto, que si vuelves á desear ser lo que eres ahora...

—¡Oh! entonces regaladme unas orejas de asno.

—Así lo haré. ¿Qué quieres ser?

Lázaro meditó un poco de tiempo y en seguida dijo:

—Señora, quiero ser rey.

—Sea, dijo la fortuna.

Y Lázaro, olvidado de su ser, se encontró vestido con el traje real en los salones de palacio.

III.

Estábase celebrando en palacio la Noche Buena; ¡cuánto oro! ¡cuántas luces! ¡cuántos diamantes! ¡cuánta gente! ¡cuántas flores artificiales de todos géneros! La mesa estaba servida con mucho lujo, los platos eran escogidos, la conversacion animadísima... allí solo faltaba una cosa: el placer. Aquel lujo no deslumbraba los ojos, aquellos manjares no halagaban á los paladares acostumbrados á ellos. La conversacion era una esgrima, y el rey y los cortesanos se miraban recíprocamente como el domador y las fieras. Además, ¡los grillos de oro de la etiqueta eran tan pesados! Y entre las risas de la cena se oian á lo lejos unos rugidos populares, tan semejantes á los de la desbordada mar de los bárbaros que servian de eco á los últimos festines de Roma!

Lázaro, á quien parecia haber sido siempre rey, y que tenia sobre su alma los dolores de haberlo siempre sido, murmuraba en su interior:—¡Oh corona, corona, que deslumbras como el oro á los estraños, y quemas como el fuego á quien te ciñe! ¡Qué poco te conocen los que te envidian! Estar siempre en escena, estar siempre en las lenguas de la maledicencia, no poder ser hombre nunca, y poder pagar con el destierro, con la muerte, con la infamia cualquier error, tal es la suerte de los reyes. ¡Quién fuera un pobre artesano, de esos que hoy gozan tanto, y tanto me envidian!

Apenas dijo esto, encontróse convertido en artesano.

IV.

Si San José viviera hoy, tendria la casa de aquel artesano. Una esposa muy bella, unos niños como los ángeles de Murillo, un viejo abuelito, cuyo rostro santificaba y enaltecia la honradez, en un pobre taller de carpintero.

Los niños y el abuelito encendian el nacimiento, tocaban el tambor y cantaban villancicos. La madre ponia la mesa, asaba el besugo y disponia la sopa de almendra. Pronto vinieron algunos vecinos, mas que alumbrados, y mientras cenaba la familia, y se oian chistes tradicionales y se apuraban uno y otro jarro, dispusieron ir á la Misa del Gallo.

—¡Pobre abuelita! dijo la mujer; ¡cómo la gustaba á ella ir á esa misa! ¡Este es el primer año que falta! Mientras nos estamos divirtiendo, la pobre está en el hospital.

—¿Y qué le hemos de hacer? dijo un vecino, su mal es incurable, y los pobres no tenemos otro refugio. Ustedes han hecho cuanto han podido por ella, y Dios se lo premiará...

—Pues lo que es hasta ahora... Desde que la abuelita nos falta, todo son desgracias. Mi hijo Pepe en la cárcel por haber cedido á los consejos de esas mujeres que despues de haberle puesto enfermo, le han hecho olvidar su oficio y le han hecho contraer amistades con gente de presidio. Mi hija Marta perdida... Los pobres no tenemos tiempo para educar á nuestros hijos, ¡y hay tantas tentaciones en el mundo para los hijos de los pobres!... Y lo que mas estoy temiendo es la quinta que se acerca. Mi hijo Pedro entrará en ella, ¿y cómo salvarle? ¡Si fuéramos ricos! Pero por mas que trabajamos no nos alcanza: ¿cómo hemos de ahorrar?

—Vamos, vecina; para no sentir penas emborracharse. Un vaso y una copla. Mire usted, ya se va poniendo triste el maestro.

Lázaro, en efecto, estaba pensativo; pensaba en su hijo preso, en su hija ramera, en su hijo estudiante y espuesto á ser soldado, y pensaba sobre todo en que los víveres, la casa y el traje se encarecian, y el trabajo le faltaba.—¡Quién fuera capitalista!! se decia...

Y cambió la decoracion, y Lázaro se convirtió en uno de esos banqueros, que como Midas parece convierten en oro cuanto sus manos tocan, y que como Rotschild disponen de la suerte de las naciones, y no *solo á su paso, sino al paso de un mueble suyo* (es dato de E. Heine) ven á sus cortesanos arrodillándose como si pasase el Santísimo Sacramento.

V.

Habia cena en casa del banquero, pero el banquero no cenaba en su casa. Cenaba con unos parásitos y unas cortesanas que le desplumaban. Se iba haciendo viejo, los placeres comprados le daban hastío, apenábale la crisis ministerial, la jugada de bolsa, la ingratitud de su hijo, semejante al vizconde de Martin el espósito, la coquetería de su esposa, el amor de su hija á un amante de su dote... y á consecuencia de que su querida le dejaba por un artista, la envidia á los artistas.—Si yo fuera artista, decia.

VI.

En casa del artista habia una cena literaria, de esas en que cada uno lleva no solo versos hechos, sino frases hechas *para improvisarlas en momentos determinados*, se aplaudia mucho, se hablaba mucho, se reia mucho, se afianzaban por unos los lazos de la pandilla, se murmuraba por otros mas amigos de comer reputaciones que de comer pavo trufado; y al hablar de política un autor silbado comprendia á *Fouquet Tionville* que cuando presentaban un acusado en su tribunal decia,—¿quién sabe si será uno de los que silbaron mis comedias? y le condenaba por venganza; y cuando se hablaba de guisos un autor aplaudido, recordando que el placer de los triunfos no compensa el dolor de las derrotas, comprendia al célebre cocinero francés que se suicidó porque le habia salido mal una salsa. La necesidad de crear, las rivalidades, la sed de goces que, como la de los licores fuertes se aumenta á cada sorbo de la copa en cuyo fondo está la muerte y que no es en suma sino la aspiracion á lo infinito, la escitacion nerviosa que desarrolla la vida del arte le hacian formular en el fondo de su alma una elegía, ya semejante á la de Fígaro, ya á la de Alarcon. Estaba rodeado de placeres y estaba triste y solo. Era el féretro en el festin egipcio. La flor sonríe á sus amores, suspiraba recordando á Víctor Hugo, la montaña tiene la frente arrugada y triste porque sostiene un cielo. El talento es el fruto del árbol de la ciencia, fruto venenoso que nos da la muerte. Bien aventurados los tontos porque de ellos es el reino de los cielos.

VII.

Apenas dijo esto cambióse de nuevo la decoracion, y Lázaro se convirtió en el hijo imbécil de una viuda del Monte Pio. La cena de aquella noche representaba la viudedad de medio mes. La viuda pretestando, ser dia de ayuno, se abstenia de cenar para que cenase mas su hijo; pero éste despues de haber cenado juraba que podia comulgar sin escrúpulo de conciencia. Enjuagándose la boca y entreteniéndose para engañar el hambre en oir leer un arte de cocina (creo que el de Montiño) en que se enseña á asar la manteca en asador de palo, y á hacer platillos de cuernos de ciervo, que no tienen de malo mas que el nombre, oia desde su cuarto la música de una gran casa inmediata donde habia baile y decia.—¡Ahí sí que se divierten! ¡Quién fuera ese mayorazgo!

VIII.

Lázaro convertido en mayorazgo estaba asomado al balcon; y mientras bailaban sus contertulios meditaba así.—¡Qué vida tan fastidiosa! ¡Siempre lo mismo! Vivir es desear y yo no puedo desear porque tengo todo lo quiero! Será preciso que me ahorque para sentir una emocion. No seré el primero. En alguna parte he leido que un inglés se suicidó por la misma causa. Dichosos los pobres, que como nada tienen todo lo desean, y en todo pueden encontrar placer.

Vió en este momento en el rincon de su puerta un pobre anciano acurrucado y tiritando de frio.

—¡Qué feliz será ese pobre! esclamó; ¡para él hasta un rayo de sol será una lotería! ¡Quién fuera ese pobre!

En aquel momento Lázaro se encontró de nuevo en la puerta del rico, en la posicion en que le habia sorprendido la fortuna, pero con la cabeza adornada con dos orejas de asno.

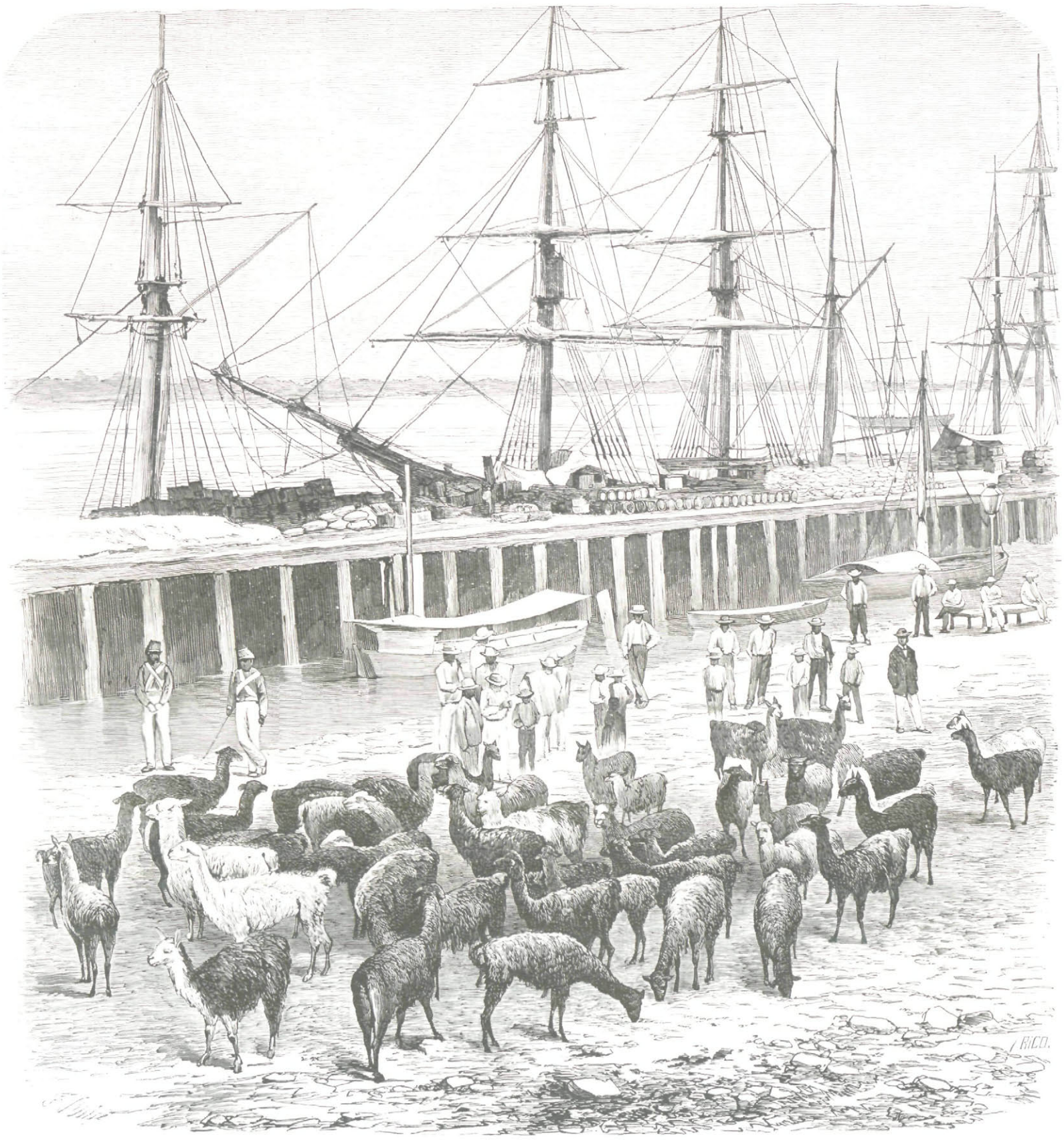
IX.

—Y bien Lázaro, le dijo la fortuna, ¿qué has sacado en limpio de tu correría?

—Ha sido muy corta, murmuró Lázaro, que aun no queria dar su brazo á torcer.

—Aunque hubiera sido mas larga no hubieras adelantado mas. Lo que has visto te sobra para conocer que la felicidad no está en lo que nos rodea, sino en nosotros mismos; que el placer y el dolor son las dos caras de una misma lanza, que por lo tanto quién mucho goza mucho padece y vice-versa, y que quién envidia á los otros es un ignorante, y quién me acusa es un necio merecedor de tus orejas.

—Pero señora, esclamó Lázaro poniéndose de rodillas, *¿no hay un estado en que el hombre sea feliz?* ¿No podeis hacerme feliz?



ESPEDICION AL PACÍFICO.—EL MUELLE DEL GUAYAQUIL.—DESEMBARCO DE LLAMAS..

—Yo no puedo crear la muerte, dijo suspirando la fortuna y desapareció, á tiempo que pasaba por la calle un gran grupo que iba á la misa el gallo; dos borrachos procuraban darse de navajadas y dos deidades de á seis cuartos se tiraban de los pelos y enseñaban á la luna lo que está destinado á cubrir y figurar el mirihaque.

X.

Niños mios, si os ha causado mi cuento del cual pudiera hacerse una larga novela y una comedia de mágia tanto mejor. Un cuento que cansa da sueño, y tener sueño es una felicidad cuando no se tiene cena. Buenas noches y á la camita. Mañana será otro dia, y no siendo Noche-buena, acaso estaré mas alegre y os contaré algo mas divertido.

C. Rubio.

LA INUNDACION DE ALCIRA.

LAS NUPCIAS Y LA MUERTE.

(CONCLUSION.)

Yo estaba medio muerta: María gritaba con toda su voz, y lanzándose á la puerta, la abrió y salió pidiendo auxilio como una loca.

De pronto se oyó como un inmenso estampido que hacia retemblar el mundo, y al mismo tiempo salió por la puerta de la cueva una bocanada de agua, que en un instante inundó los bajos de la casa, llegándonos á la cintura, y separando á los que reñian.

Pedro y yo tomamos la escalera que conducia á la *andana* (1): el infame Lucas y su no menos vil compañero, trataron de ganar la puerta; pero en el momento de pisar el umbral, entró por ella otro golpe de agua mayor que el primero, que nos obligó á subir mas arriba, y arrolló, cubriendo enteramente, á nuestros enemigos. A mí me daban lástima. Un momento ví sus brazos, y removerse la superficie del agua.

Esta continuaba subiendo con espantosa rapidez, y á poco ví flotar un cuerpo muerto .. ¡Qué horror! Subí precipitadamente arrastrando á Pedro, quien me gritaba:

—Pero ¿y María?

—¿Y María, repetí yo?

Pedro iba á lanzarse hácia la puerta, sin considerar el peligro; pero el agua, que ascendia con espantosa rapidez, colmó el piso bajo, hasta el techo, y nos vimos obligados á entrar en la *andana*.

Corrimos á las ventanas, y empezamos á llamar á María con voces desesperadas, que á pesar del estruendo que ensordecia el espacio fueron oidas por los vecinos de la casa de en frente... Una buena mujer se asomó á la ventana, y nos dijo:

(1) Lugar que ocupa los altos de las casas de los labradores, destinado á la cria de los gusanos de seda, en andamiadas de cañizos sobrepuestos, y donde conservan tambien el maiz, patatas, cebollas y otros frutos de sus campos.

—Tranquilizaos. María está aquí.

—¡Pedro! ¡Madre!... gritó María, asomándose tambien.

—Aquí estamos.

—¿Y esos hombres?

—El agua se los ha llevado.

—¿Tienes alguna herida?

—No; estoy bueno.

—¡Loado sea Dios!... Pero ¡el agua!... ¡el agua que sube!... ¡Dios mio, qué va á ser de nosotros!

En efecto: el agua entraba ya por el borde de las ventanas, y nos llegaba á la cintura.

—Vamos á subirnos á los cañizos. Haced vosotros lo mismo; y ¡confianza en Dios! ¡Encomendémonos á San Bernardo!

Subimos al segundo cañizo; luego al tercero, despues al cuarto.

Pedro, casi destrozándose las manos, logró romper un ladrillo del techo; y conseguido esto, no le fue ya dificil separar las tejas (1), y ensanchar el boquete, hasta que permitiese el paso de una persona. Cogiéndome en brazos, me hizo subir al tejado; y despues subió él mismo.

¡Vírgen Santísima! ¡Qué cuadro tan espantoso se ofreció á nuestros ojos!

Por do quiera se veia agua solamente, como si estuviéramos en medio del mar; pero agua negra, y exhalando un hedor insoportable. Todas las casas que teníamos á la vista, estaban sumergidas hasta la mitad de su altura, y sus habitantes habían subido á los tejados como nosotros, á pesar de la espantosa lluvia que caia, y sin temor á los truenos y relámpagos que en otra ocasion nos hubieran helado de espanto.

Al estampido de los truenos, al mugido del viento y al bramido de las aguas, se unia el angustiado clamor de centenares de personas, que estaban esperando de un momento á otro la mas horrorosa de las muertes.

Los vecinos de en frente, y con ellos María, estaban tambien en el tejado: á lo menos podíamos vernos y hablarnos hasta que llegara el momento fatal, que ya mirábamos como seguro.

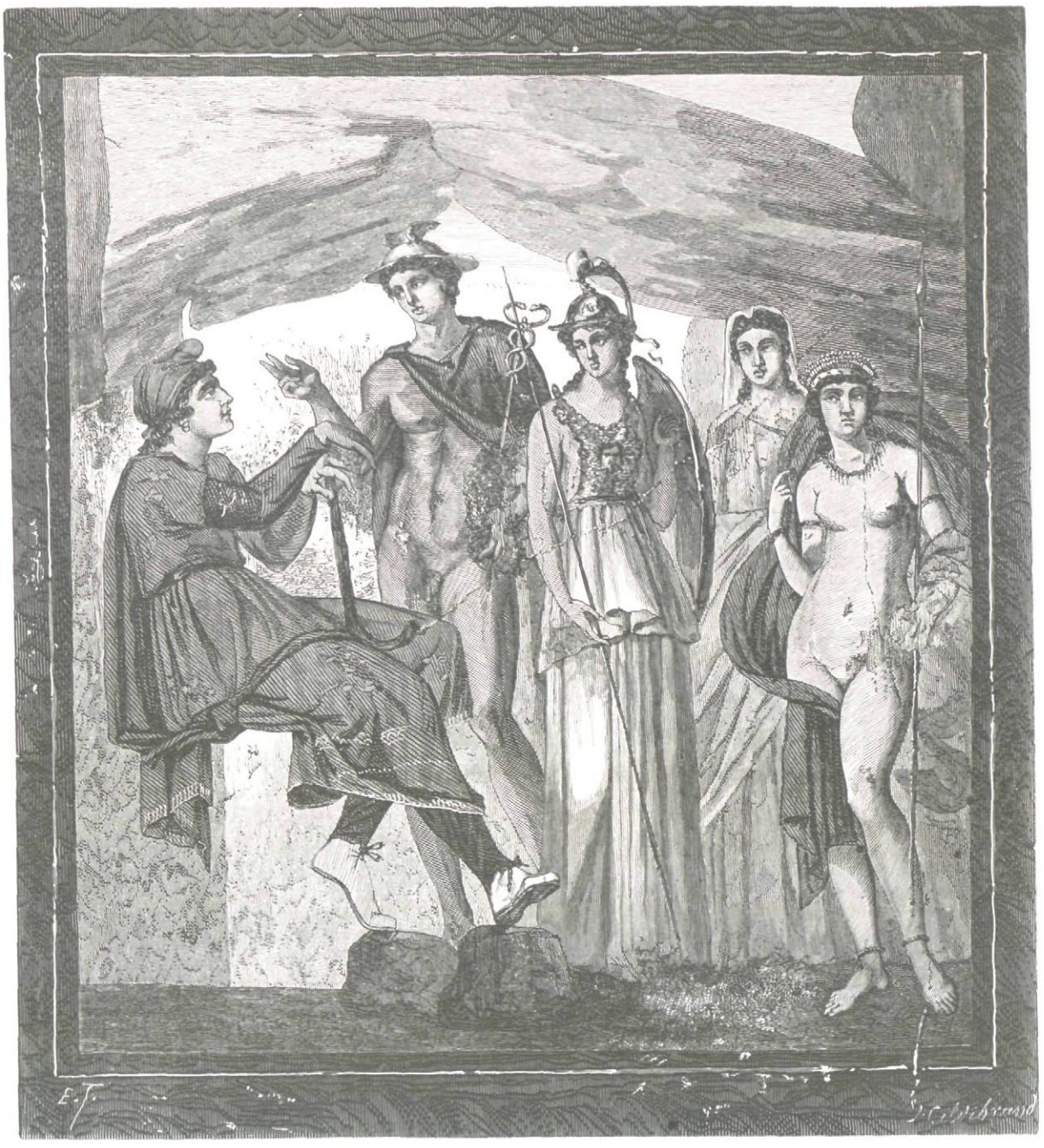
La casa contigua á la nuestra fue la primera que se hundió, arrebatando en su caida al fondo de las aguas á los infelices que estaban sobre ella, y un momento antes levantaban como nosotros los brazos al cielo, pidiendo misericordia.

Aunque ya desesperados de salvacion, la vista de esta espantosa catástrofe, nos sobrecogió de una manera indecible, pues ella nos mostraba el fin que teníamos reservado... ¡Qué horror!... ¡Dichosos en semejantes casos los que mueren los primeros!

El sonido de las campanas nos llamó la atencion, y volvimos los ojos hácia la iglesia. Por lo alto de la calle que teníamos en frente, vimos pasar una procesion llevando en andas la imágen de nuestro querido patron San Bernardo.

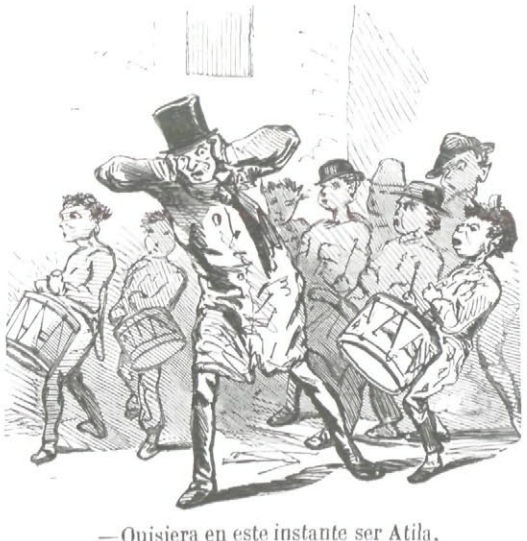
Los vecinos de la parte alta de la poblacion no se olvidaban de sus afligidos hermanos, y esto nos enterne-

(1) La cubierta de la mayor parte de las casas de aquel pais, es de teja vana, ó en otros términos, suelta y sin argamasa.

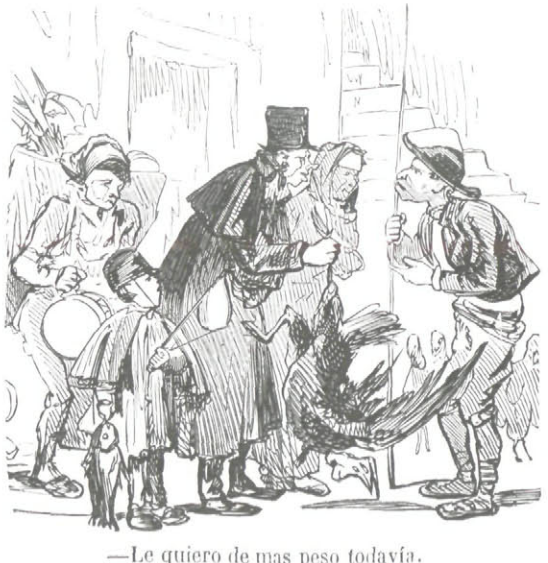


POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—ÚLTIMAS ESCAVACIONES.—EL JUICIO DE PARIS, FRESCO DE LA CASA DE PRÓCULO.—(DE FOTOGRAFÍA.)

¡YA PARECIÓ AQUELLO!



—Quisiera en este instante ser Atila, ó ser el terremoto de Manila.



—Le quiero de mas peso todavía.
—Pues vaya á comprar pavos á Pavía.

Ahora que estamos solos, Federico, alumbra el nacimiento de mi chico.

ció sobremanera; pues bien que era incalculable hasta dónde podrian llegar las aguas, era necesario que subieran de una manera increible para que amenazasen sériamente sus vidas.

Cuando descubrimos la imágen, todos nos postramos de rodillas y tendimos hácia ella los brazos suplicantes, pidiéndole auxilio con gritos que salian del alma.

—¡Santo mio!... ¡acuérdate que eres nuestro padre, y vuelve los ojos á tus hijos que perecen!

—¡Ven en nuestro socorro!

—Padre, ¿nos dejarás perecer?—¡Salva á lo menos á mis hijos!—¡Salva á estos niños inocentes!—¡Piedad, piedad!

Estas y otras voces semejantes se oian por todas partes; pero las víctimas estaban ya señaladas, y á cada momento iba aumentando su número.

El estrépito de los hundimientos, que se oia en diferentes partes, resonaba dolorosamente en nuestros corazones; pero cuando acontecia uno á nuestra vista, erizábasenos el cabello, estremecíanse nuestros cuerpos, y un sudor frio corria por nuestro rostro mezclado con la lluvia.

Asi fue amaneciendo. Cuando hubo bastante luz para distinguir con alguna claridad los objetos que nos rodeaban, hizose mas terrible y espantoso el cuadro.

La agonía pintada en los rostros de nuestros semejantes, que mas parecian fantasmas que personas, aumentaba nuestro espanto: cuando ocurria un nuevo hundimiento, veíamos la accion de los infelices que sucumbian; y entre objetos de diferentes especies, y animales muertos, el agua ofrecia de vez en cuando á nuestros ojos, cadáveres de personas, que levantaba á la superficie, tragaba con ancho remolino, y volvia á elevar y arrastraba entre sus turbias corrientes. Ora era un tierno niño de rubios cabellos, ora un anciano respetable, ora un jóven robusto, lleno pocos momentos antes de vida y esperanzas, ora una madre y su hija enlazadas en estrecho y convulsivo abrazo.

Ya no se oian gritos. Ni en nuestras gargantas quedaba voz, ni fuerza en nuestros pulmones: el espíritu estaba herido de estupor, y el cuerpo aterido de frio.

Llegó su vez á mi casa. Primero retembló como sacudida por el torrente: crugió despues como si lanzase su último gemido, y cuarteándose sus paredes, se sumergió en las aguas, arrebatando al infeliz Pedro de nuestra vista.

Yo habia quedado precisamente encima del grueso de la pared frontera que todavía estaba en pie, para ser testigo de la muerte de Pedro, y del desmayo en que cayó María lanzando un grito espantoso.

La pared que me sostenia balanceó un momento; levanté los brazos al cielo, ofreciendo mi espíritu á Dios, y cediendo mi apoyo me hundí en las aguas. Caí sobre un cuerpo negro que flotaba, el cual se hundió conmigo al impulso del golpe que dí contra él. Tendí mis manos con la desesperacion de la muerte, y tropecé con un objeto duro, al que me así con fuerza espasmódica, á tiempo en que el cuerpo, sobre el cual me hallaba, volvia á sacarme á la superficie y á entrambos nos arrastraba la corriente. Todo esto habia durado un solo instante, y sin embargo pensé ahogarme.

Recuerdo que no tenia un exacto conocimiento de mi situacion; y solo me animaba un horror instintivo á la muerte, que me hacia mirar á todas partes como buscando una orilla á aquel espantoso lago; sin embargo, observé que la casualidad, ó mas bien la Providencia, me habia hecho caer sobre un toro muerto, á cuyas astas estaba yo aferrada con la fuerza del que sufre mal de corazon; y me estremecia con espanto cada vez que pasaba por mi lado una viga, un tronco de árbol ú otro objeto de los que me amenazaban de continuo.

Pero Dios me ha querido preservar, y las corrientes me llevaron hasta una orilla, donde chocando el toro contra un árbol, á cuyo pie se habia amontonado mucha broza, se detuvo lo bastante para quedar en seco á poco rato, pues el agua iba ya bajando

Cuando me puse en pie, cuando me ví en salvo, empecé á recordar los espantosos acontecimientos de que habia sido testigo desde la noche anterior, y á comprender los peligros que yo misma habia corrido; y fue tal mi pasmo, que caí perdiendo el sentido.

Cuando volví en mi acuerdo, me encontré en esta casa, donde me estaban dando friegas y haciéndome oler no sé qué espíritus. Diéronme alimento, y cuando me sentí un poco recobrada, se presentó á mi memoria un recuerdo terrible.

—¡Mi hija!... ¿qué ha sido de mi hija?

—Vive, me dijeron. La casa donde estaba se sostuvo en pie lo suficiente para que al bajar las aguas se hayan salvado los que en ella habia, hundiéndose pocos momentos despues.

En vano trataron de detenerme. Salí corriendo y preguntando por mi hija, y siguiendo un secreto impulso me dirigí al sitio donde estuvo mi casa. ¡No me habia engañado mi corazon! Allí estaba María; pero ¡buen Dios, en qué estado!... Usted la ha visto ya: la pobre ha perdido la razon... ¿La recobrará? Me temo que no. ¡Estoy tan acostumbrada á las desgracias, que me sorprenderia que una cosa terminase de una manera feliz para mí! ¡Cúmplase, y bendita sea la voluntad de Dios!

Asi terminó la buena Mariana su triste relacion. Traté de consolarla, pero nada se me ocurria que decirla. ¿Qué consuelo hay para un dolor legítimo y reciente? Ninguno; solo un corazon fuerte lo resiste animoso, ofreciéndolo al Ser Unico que sabe consolar al que llora; y Mariana lo habia dicho ya con sublime resignacion:

¡Cúmplase, y bendita sea la voluntad de Dios!

JUAN ANTONIO ALMELA.

EL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS (1).

I.

Lejos ya de los umbrales
Donde rechazado fue,
Albergue busca José
Entre humildes animales.

En un establo le encuentra,
Templo de amor y alegría;
Que en él la Vírgen María
Con la gracia de Dios entra.

Gracia de inmensa virtud
Con que se vió iluminada
Aquella noche, llamada
Noche de Eterna Salud.

Porque á darla en ella vino
A la triste humanidad,
Con la luz de la verdad,
El Sol del Verbo Divino

Cuyos rayos nos dirigen
Hácia la patria bendita;
El Sol que al esclavo quita
Las cadenas que le afligen.

Que ante su luz se desatan
Lazos que al alma envilecen,
Y las sombras desparecen
De los pecados que matan.

II.

Nace el Sol de la alegría,
La Luz de eterna belleza,
Sin alterar la pureza
De la virginal María.

Mira el nacido portento
San José con tierno afan,
La mula y el buey le dan
Suave calor con su aliento.

Y radiante de ventura
Y con esmerado aliño,
La Vírgen para su Niño
Dispone blanca envoltura.

Y llora el Niño entre tanto
Y es llanto en bienes fecundo;
Que aquel Niño nace al mundo
Dando salud con su llanto.

III.

Que el mundo entero celebre
La Divina Magestad
Del ejemplo de humildad
Que ha nacido en un pesebre.

Todo rey le debe honores,
Adora el pastor sus leyes;
El es el Rey de los reyes
Y el Pastor de los pastores.

Ya la voz del cielo guia
A los que guardan ganados;
Ved los ángeles postrados
Ante el Hijo de María.

¡Cómo de gozo se inunda
El corazon de la Madre!
No hay gloria que mas le cuadre
Que la que en su amor se funda.

Y vierte con amor santo
De alegría dulce lloro,
Oyendo el celeste coro
Que entona divino canto.

Canto que al infierno aterra
Y ofrece al mundo venturas:
«¡Gloria á Dios en las alturas
Y al hombre paz en la tierra!»

EDUARDO BUSTILLO.

(1) Pertenece esta composicion á la obra que con el título de EL LIBRO DE MARIA, *Cuadros de la vida de la Vírgen*, publicará en breve su autor, adornada con preciosas láminas.

Un naturalista aleman ha descrito seiscientas especies de moscas coleccionadas por él en un distrito de diez millas. Tambien ha coleccionado veinte mil especies de insectos diferentes que se alimentan de cereales. Esto puede dar una idea de la multitud infinita de la totalidad de los seres vivientes, no menos que de la paciencia de los alemanes.

Los antiguos conocian ya las islas Canarias á las que segun algunos escritores, les dieron este nombre derivado de la palabra latina *canis*, que significa perro, por el gran número de ellos que habia en la mayor parte de estas Islas y que eran notables por lo grandes. Dos perros de dicho pais fueron presentados á Juba rey de Mauritania.

Venecia fue la primera, y durante mucho tiempo la ciudad comercial mas importante de Europa. Su origen data desde la invasion de Italia por Atila en el año 452, pero hace ya mucho tiempo que no es lo que era, aunque tiene todavía muchos recuerdos de su antiguo lujo y esplendor.

Las siete maravillas del mundo eran las pirámides de Egipto, el mausoleo erigido por Artemisa, el templo de Diana, en Efeso, las murallas y los jardines suspendidos de Babilonia, el coloso de Rodas, la estátua de Júpiter Olímpico y el faro de Alejandría.

La comedia tanto como la tragedia se la debemos á los griegos. Suzarion y Dolon representaron la primera comedia en Atenas, sobre un tablado, el año 562 antes de Jesucristo. Thespis representó tambien la primera tragedia en Atenas el año 536 antes de Jesucristo.

Un caballo vive por término medio de 25 á 30 años; las águilas, los cuervos y los cisnes son de muy larga vida. Hace poco murió un águila en Viena que tenia 104 años; los cuervos suelen vivir 100 años y los cisnes 200.

LA SERENATA.

IMITACION DE UN CANTO ALEMAN DE JOHAN LUD ULHAND.

—¿Qué halagüeña melodía
viene mi sueño á turbar?
Alta es la noche y sombría
¿quién puede así, madre mia,
venir tan tarde á llamar?
—Nuestra calle está desierta
y solo turba tu calma
la fiebre que te despierta,
que nadie canta á tu puerta,
pobre enfermo de mi alma.
—No es un canto de este suelo...
los ángeles son... En pos
tenderé de ellos mi vuelo...
Me llaman para ir al cielo...
¡Adios, madre mia, adios!

A CARMEN.

SONETO.

Gozo tanto al mirarte, que me olvido
de lo mucho que sufro con no verte,
y vivo con tu vida de tal suerte
que me parece que antes no he vivido.
Ni anhelo nada, ni otra gloria pido
que la que siente el alma con quererte.
El ceño de tus labios es mi muerte
su sonrisa mi triunfo apetecido.
No hay un solo recuerdo en mi memoria
que no te pertenezca; un pensamiento
que tú no inspires, y te adoro tanto,
Que no envidio la dicha de la gloria
mientras guarde la fe de un juramento
que por ser de tus labios es tan santo.

LAS HUELGAS DE PARIS.

(CONTINUACION.)

XVII.

Los departamentos, los parques, los jardines, todo el castillo de Montecristo con sus dependencias, estaba abierto á la curiosidad de sus huéspedes, asi que, cuando hubimos evacuado la pieza del almuerzo, mi amigo Berrier, que se habia espontaneado á servirme de *cicerone* en aquella partida, y el cual, fiel á su promesa, no habia querido separarse de mí un momento, me condujo al gabinete oriental que el caprichoso

Dumas vino á copiar en la Alhambra, y para cuya construccion contrató artistas asiáticos y africanos en competencia, que produjo la sensible causa del célebre litigio que ha arrastrado la fortuna de Dumas á la bancarrota.

Entramos, pues, en aquel maravilloso retrete, verdadera mansion de delicias, y donde el arte parecia haber agotado toda la fantástica gala de la poesía y del genio. Era un gabinete casi cuadrado, cuyas paredes engastadas de mosáicos alicatados brillaban con todo el lujo oriental de que la imaginacion mas esplendorosa pudiera formarse idea: en ellas, y á ciertos trechos colgaban riquísimos tapices pérsicos y aterciopeladas pieles de armiño, mientras que en los intervalos, sobre el pulimentado mármol de Macael de las paredes resaltaban en colores vivísimos inscripciones arábigas en caracteres cúficos, y motetes musulmanes, repetidos hasta la impertinencia, segun el estilo adoptado por el fanatismo musulman. *Dios es grande; Solo Dios es vencedor y magnífico*; *Alabanza y gloria á Dios*; *la esperanza y la fe en El, que es sublime y omnipotente sobre todas las cosas: veneracion, culto y amor debémoste todos, etc.*, tal es, pues, la version y el sentido de ellos.

A trechos dados tambien hay ajimeces morunos con columnillas de mármol blanco con celosías y cortinas trasparentes, engastados sus marcos invisibles en la orla interior de estuco sólidamente construida, y sobre cuya parte superior corren fajas, frisos, precinciones y grecas pintadas de minio, verde, azul, oro y purpurina, enlazadas de flores y festones trenzados artísticamente, como bordaduras en relieve aterciopeladas, á las cuales el mágico pincel del artífice habia dado el mérito de una naturalidad casi real y aproximada.

El sol de Mediodía hacia penetrar sus rayos fúlgidos, amplados por las cortinillas de seda, iluminando el recinto de aquel fabuloso retrete de una luz ténue, vaga é indecisa, de color púrpura y en cierto modo vaporosa y fantástica, como el brillo reverberante de un incendio, y al través de la cual los objetos parecian flotar en el espacio entre átomos de nácar y arreboles, entre inflamados prismas de escarlata y oro.

El techo que cubre la bóveda es una riquísima ensambladura de cedro con cupulinas estalactíticas, con caprichosos calados arabescos, con escudos, florones y relieves, con estrellas de oro bruñido, con franjas de azulejos y mosáicos de varios colores, entre los cuales predominan el azul, el oro, el blanco y esmeralda, vivísimamente iluminados; pero en cuyo conjunto sobresale siempre ese incansable sistema de motetes é inscripciones islámicas de *Glorificado sea Dios*, etc.

El suelo de pulido jaspe estaba asimismo cubierto á ciertos trechos de magníficas alcatifas pérsicas, donde se hundia el pie hasta el tobillo, mientras que en sus intervalos lucian hermosos recuadros ovalados con mosáicos y figuras emblemáticas, cifras é inscripciones abreviadas, entre florones y pámpanos de vid primorosamente imitados.

Por fin alrededor de la pieza habia divanes, cojines y almohadones mullidos de terciopelo y brocatel raso arabesco, tisú y ricas telas negro y púrpura con franjas, galones y borlas de oro, muebles de sándalo, ébano y palo rosa, con finísimos perfiles y embutidos de nácar, lámparas de amatista colgantes de hilos sutilísimos de plata invisibles, pebeteros de oro mate, engastados en tarimas de alabastro oriental de caprichosas formas y configuraciones, toldos, velos y oriflamas, levísimos como el aire y estrellados de pedrería, bajo la apariencia de un firmamente diáfano, cuya ilusion parecia completar la degradacion lenta de la luz que medio iluminaba aquel ambiente vaporoso, aromatizado por el vago perfume de azahar y rosas que ostentaban los inmediatos cármenes floridos que dan sombra y frescura á ese fabuloso retiro, digno de las *Mil y una noches*.

El silencio y la soledad que allí reinaran en aquella hora, prestaban aun mayor realce á aquel encantado retrete, donde la imaginacion se trasporta fuera de los límites reales de la existencia, y el grato perfume que allí se aspiraba, junto con el aspecto maravilloso que admiraba la vista, formaban un raro conjunto de creaciones estrañas, como un sueño ideal é imaginario, donde perdíase la mente en una dulce aberracion sensible, no exenta de goces.

XVIII.

Alrededor de aquella deliciosa mansion de hadas, estendíase un pequeño jardin ó patio plantado de naranjos en flor y limoneros, laureles, mirtos y arrayanes con verdaderos muros flotantes de madreselvas y floridas plantas trepadoras y parrales, cuyos festones cuidadosamente guiados forman bóvedas y toldos que corren como galerías aéreas paralelas á las ventanas y ajimeces moriscos que ya hemos citado, hablando del pabellon árabe. Magníficas calles circulares en forma de caracol, marcadas por una doble serie de rosales y jazmin en flor, formaban lo que Dumas ha dado en la manía de llamar su laberinto, y algunos grupos de cipreses y murtas marcaban de trecho en trecho los ángulos rectos de aquel sistema irregular de entradas y salidas.

Mr. Berrier, que queria dejar bien sentado su nombre de *cicerone* que respecto de mí se habia impuesto voluntariamente en Montecristo, me propuso que le siguiera á los otros departamentos contiguos, y que eran un verdadero monumento arqueológico en su género. Pero el tiempo urgia, porque los convidados empezaban ya á regresar á sus carruajes dispuestos en marcha, por lo cual solo pudimos ver el gabinete titulado de Enrique II, adornado espléndidamente con muebles de la época de este monarca, y cuyo lujo pesado y severo parecia contrastar notablemente con ese gusto clásico y moderno, que predomina en el resto del edificio.

De allí pasamos á otro departamento inmediato, obstruido por multitud de caballetes, paletas, brochas de todas clases, tiestos y cazuelas con colores, y varios lienzos encolados ó á medio pintar. Como en el despacho de Dumas, no era el órden, la curiosidad ni el método lo que allí reinaba, sino la mas pronunciada anarquía, lo cual me pareció que debiera realzar su propio mérito.

Llamábase aquella pieza el *taller de pintura*, y en el cual en ciertas temporadas trabajaban por cuenta de Dumas varios pintores de diferentes escuelas.

A la sazon estaba abandonado y desierto aquel sitio desaseado y polvoriento: sus grandes ventanas ojivas cerradas en la parte esterior por redecillas de alambre, estaban medio abiertas por el interior, y sus andenes poblados de drogas é ingredientes en papeles, en tarros, en botellas y otras vasijas, estaban cubiertas de telarañas y polvo.

Pasamos de hilo, sin detenernos en examinar minuciosamente los detalles interiores del taller, por temor realmente de ensuciarnos de polvo, y además porque el tiempo apremiaba y la prudencia debia aconsejar abreviar el giro de la jornada de aquel dia.

XIX.

Detrás del cuerpo principal del castillo propiamente dicho, separado de sus dependencias por la carretera de Marly, precipítase un espumoso torrente entre peñascos, cañaverales y floridos arbustos que agitan las corrientes cristalinas del mismo, y que hacen titilar las cañas plantadas al nivel de la superficie, rizada por ese remolino constante, producido por la rápida violencia del curso de las aguas.

En la época de que se trata, un puente de puro lujo echado sobre el cauce, salvaba aquel inconveniente y conducia á la especie de isla artificial formada por las aguas del torrente, aumentadas con los manantiales que cruzan y fertilizan los terrenos de la quinta, adquiridos por el propietario de Montecristo.

Sobre esta isla Mr. Dumas ha querido realizar otro de sus escéntricos caprichos: ha hecho construir una especie de pabellon flotante, coronado de una torrecilla ó mirador, con sus techos de pizarra y su escalera esterior perteneciente al gusto gótico.

Un balcon corrido da vista al torrente por la parte que mira á la presa de argamasa y canto que forma la cascada artificial entre bosquecillos de acantos, sauces y acacias floridas, como ramos de oro, inclinados sobre la espumosa caida en que se precipitan las aguas contenidas por el dique.

Aquel balcon, primorosamente labrado y casi rasante al nivel de tierra, correspondia á la única pieza que propiamente comprende el pabellon, y que es un verdadero prodigio artístico por las pinturas que interiormente le adornan, debidas al pincel de Boulanger y Giraud, esos ingenios célebres de la época.

No pudimos visitar este mágico retiro, de que el capricho de su dueño se ha reservado la llave, como si se tratara de un retrete mágico, guardado por un genio: en la antecámara ya pudimos admirar primores de escultura dignos de los progresos artísticos del siglo, y mas adentro vimos tambien magníficos toldos de olorosa hiedra, enredaderas y pasionarias que mezclaban sus flores emblemáticas con aquellos magníficos festones de piedra que el soplo generador de un genio entusiasta parecia haber querido animar con un aliento de vida.

El interior representa un hermoso parterre, rodeado de una especie de bóveda claustral, formada de murtas, pasionarias, hiedra y vides, sostenida por pilares invisibles, revestidos de las mismas plantas, figurando pirámides y otros caprichos raros, prácticamente recortados, con templetes y pabelloncillos de trecho en trecho.

Y alrededor de esa especie de invernadero, en cuyo centro hay un estanque cristalino bordado de caprichosas flores exóticas, multitud de animales raros y curiosos habitan, unos en plena libertad, tales como perros, llamas y monos, domesticados é inofensivos, mientras que otras varias especies, volátiles en su mayor parte, ánades blancos y dorados, palomas blancas y azules, patos y otros acuáticos, revolaban en rededor del estanque poblado de peces de colores, lampreas y anguilas que jugueteaban en el fondo cristalino.

Alrededor, bajo las emparradas del parque, habia hermosas pajareras, cerradas por redes sutilísimas, papagayos, cotorras, loros y perdices enjaulados en elegantes prisiones de alambre dorado, mientras que en seccion separada habia otras jaulas rigorosamente aseguradas, donde jugueteaban bonitos lobeznos, y otros animales carnívoros que la curiosidad de Dumas se habia hecho traer del Africa, para coleccionar lo que él llamaba entonces su galería de historia natural y científica, desmembrada ya y disuelta, pues en uno de sus arranques geniales habia mandado trasladar parte de aquellos animales á la casa que habitaba á la sazon con mas frecuencia en París, *rue d' Amsterdam, número* 77, y digo con mas frecuencia, porque Dumas suele alquilar simultáneamente dos, tres y hasta mas casas en la gran capital, las cuales habita á la vez sin contar los dias y las noches continuados que suele tomar por su cuenta alguna habitacion alta ó baja en cualquier fonda, hotel ó restaurant, donde, observando el mas rigoroso incógnito, el gran novelista puede copiar del natural los cuadros y tipos que acaso el dia inmediato reproduce en el folletin de la *Presse* ó del *Journal des Debats*, con esa viva naturalidad fotográfica que admira el lector, atribuyendo á parto de pura imaginacion la que es en realidad una narracion fielmente impresa con nombres y tipos disfrazados.

XX.

No bien hubimos salido del pabellon, apenas acabamos de atravesar el pintoresco arroyo que le separa del castillo, Mr. Berrier, siempre complaciente y obsequioso conmigo, me señaló un modesto faeton que al parecer acababa de llegar, y que permanecia medio oculto bajo el umbroso follaje de la alameda esterior del parque.

—Habeis conocido ya, me dijo á Mr. Dumas, bajo uno de sus diversos aspectos, esto es, bajo el de sus escentricidades, el mas propio y natural de su carácter; mas, para que podais apreciarle en su verdadero valor, es necesario que tengais otro dato no menos esencial é indispensable, y os lo voy á facilitar por mi parte. Pero ved que ya es tiempo de regresar á París, y necesitamos despedirnos de Mr. Dumas, sino yo, que nunca me ando en cumplidos de etiqueta con él, al menos vos que apenas le conoceis y que acabais de ser presentado por primera vez en su casa: ¿quién sabe si algun dia la poderosa influencia de ese nombre célebre que tambien suena en todos los oidos y en todos los idiomas, puede seros útil, si sabeis conservar su amistad, lo cual no es en verdad muy fácil?

Mr. Berrier me tomó el brazo, cuando hubo concluido su juicioso discurso, y nos volvimos á encaminar á Montecristo.

Todos los carruajes de los convidados habian ya partido, y solo se percibia allá debajo de los árboles el pequeño faeton casi emboscado en las umbrosas bóvedas.

Una señora algo anciana, acompañada solo del cochero, se dirigió á paso lento hácia nosotros.

Horacio, despues del saludo de costumbre, la habló una palabra en secreto, y la despidió, mientras continuábamos andando en direccion al castillo, detrás de ella, que nos llevó bien presto una ventajosa distancia.

El sol cernia la caliginosa niebla de sus ardores vespertinos, y las cigarras dejaban oir su monótono canto en los próximos bosques de olivares.

Era la hora de siesta, silenciosa y solemne como el misterio y como la soledad.

Cuando entramos al gabinete de Dumas, que era un salon fresco y ventilado, propio para el estío, encontramos ya á Mad... la misma de que hemos hablado, en audiencia particular con el escritor.

Aquello era un plan estudiado entre mi amigo y aquella mujer, cuya apariencia no la acreditaba en verdad de muy rica.

Por discrecion ó por estudio permanecimos en la antecámara, sentados en un confidente de muelles, y detrás de una puerta vidriera velada por cortinillas de crespon púrpura, y que nos separaba únicamente del gran salon de verano donde hemos visto á Mr. Dumas y su anciana colocutora.

El novelista acababa de salir del baño, y se preparaba á dormir siesta, como suele él dormirla en los dias de calor, sobre una piel de oveja colocada al revés sobre el embaldosado del pavimento.

Iba envuelto en una bata de tela de India preciosísima con ramos de flores de realce y grupos de figuras chinescas; sus pies calzaban unas preciosas zapatillas bordadas de oro y perlas, regalo de la princesa Nemorina, y en toda aquella gigantesca figura, brillaba un no sé qué de interesante y simpático que la dulzura habitual de su fisonomía viva y entusiasta venia á corroborar en alto grado.

XXI.

—Pero esplicaos, señora, decia Mr. Dumas, animado el semblante por un relámpago de ansiedad solícita, vuestra hija ha cometido una falta, decís, y esa palabra suele revelar siempre una cosa impura; ¿qué entendeis pues por falta?

—Caballero, vos conoceis á mi hija; ¿no es esto?

—¡Y bien! la conozco mas que de nombre, y sé que ha sido siempre una muchacha honrada; ved pues la causa de mi alarma al oiros decir que ha cometido una *falta*: me constan los bruscos asaltos que su virtud ha sufrido en los tiempos en que debutaba en la *Opera*, donde se esperimenta un gran vacío desde que la enfermedad de Casilda la obligó á retirarse; y creedme,

¡YA PARECIÓ AQUELLO!

—Déme usté acá la bota, tia Nemesia,
que los pies se me helaron en la iglesia.

—Señores, ni esto es noche, ni esto es cena
—¡Pues yo digo que es noche, y noche buena!

—Carrasclás, que niño tan mono,
—¡Carrasclás, que gordito está!...

Pasa la noche buena, llega el dia,
y eso halla en el cajon la policía.

cuando he oido de los labios de su madre, de vos, señora, ese fatal equívoco, me ha estremecido una cruel sospecha.

—Pues bien, replicó aquella mujer, vertiendo una lágrima; no os alarmeis, caballero, la falta que ha cometido mi hija no es de ese género, y en ello llevo siempre un consuelo y un favor: provocada injustamente por una mujer de mala vida, de esas inmundas negociantes de honor que suelen sacar partido siempre de las situaciones desesperadas de las jóvenes, al rechazar las tentadoras proposiciones que esa infame mujer la ha hecho, con la dignidad propia de una doncella honrada, en el calor de esa lucha de palabras que se ha empeñado entre ambas, la ha dirigido ciertas espresiones ofensivas que aunque ciertas y oportunas, no pueden publicarse ante testigos. Ahora bien, la infame se ha creido calumniada con tales calificaciones, y ha amenazado á mi hija con llevar su querella ante los tribunales del imperio, si no se la satisface pecuniariamente. Comprended, caballero, que esto seria muy cruel, la prision y aun mas, el escándalo del proceso mataria á mi pobre hija tan delicada todavía, dando un triunfo indigno al crímen.

Frunció Dumas el entrecejo, y guardó un momento de silencio, como adivinando el punto á donde iba á parar la exigencia de aquella mujer.

—En fin, dijo, ¿qué quereis que se haga?

—Cerrar la boca á la impostura, señor.

—¿Con oro, eh?...

La pobre mujer no repuso: vertió, sí, otra lágrima.

—Ya comprendo, continuó el novelista, dando algunos pasos por la pieza con precipitacion marcada; el estado de mis negocios es poco lisonjero; París lo sabe, y hasta los periódicos se han hecho eco infernal de mis detractores, llevando á los departamentos y hasta al estranjero esa noticia subrepticia y maliciosa del concurso forzoso de acreedores que trataban al parecer de disputarse mis bienes en una subasta reñida. Felizmente he podido evitar ese escándalo, rechazando á esa jauría malévola, que se ha retirado como perros gruñones y cobardes, avergonzados de su impotencia: esto me ha dado un gran triunfo, señora, pero á costa de un empréstito que acaso agravará la mina de mi fortuna, altamente comprometida por esa misma moratoria que mi amor propio ha exigido y obtenido, bajo la simple garantía de mi nombre. Ahora bien, es muy posible que este edificio mismo, á cuyo título van prendidas las fibras de mi corazon entero, pase dentro de un tiempo mas ó menos lejano á poder de cualquier zarramplin, reservándome cuando mas el consuelo de incrustarle en una de mis obras con colores mas ó menos recargados; consuelo bien triste y pueril, si quereis, pero que no me restituirá este sueño realizado de mi imaginacion de poeta. Por todo lo cual comprendereis la enorme gravedad que me impone la clemencia de mi corazon entusiasta, apresurándome á ocurrir á la desgracia que aqueja á vuestra hija, aun á pesar del estado financiero de mi peculio, tan poco lisonjero y feliz. Porque es preciso mejorar la angustiosa posicion que os aqueja, apresurando la convalecencia de Casilda, para restituir al arte una de sus mas eminentes notabilidades coreográficas. ¿Podreis pues decirme en qué suma ha fijado esa mujer criminal la satisfaccion que exige á vuestra hija?

—En 2,000 francos, caballero.

Dumas abrió su cartera, sacó un billete de banco de 1,000 francos, y lo entregó á la anciana, diciendo:

—Es muy posible que vuestra hija sufra privaciones por falta de recursos, y aun tambien vos misma.

La pobre mujer rompió en l[illegible]

—Tomad, pues, este billete al port[illegible] importe podeis aplicar á sus necesidades y á las vu[illegible]s: en cuanto á la suma que debe entregarse á esa infame, dejadme el cuidado de ello, y descansad en una confianza completa, si bien os impongo una condicion absolutamente gravísima, la del sigilo que debeis guardar á toda costa: nadie debe entender quién es esa mano generosa que se tiende á la desgracia, aun llenando con ello un alto deber imprescindible: ¿qué quereis? conviene á mi intento que el mundo en que vivo me juzgue como loco y no como filántropo respecto de mis semejantes, reservándome la grata satisfaccion de saborear la dicha de mi conciencia, mucho mayor que ese vagoroso perfume adulador del aura popular, que hiere mas bien que halaga y que entre esas mismas flores que arroja ostensiblemente, oculta espinas sangrientas que hieren al corazon, empleando un arma alevosa é indigna.

La mujer apretó con efusion entre sus manos, ya ajadas por los años, pero que debian haber sido hermosas, la del escritor, que besó repetidas veces y cubrió de lágrimas, y salió toda conmovida, vertiendo sollozos y sin articular palabra.

XXII.

A la vez nos correspondió á nosotros el turno, y aun á trueque de parecer indiscretos, tiramos del cordon de seda de la campanilla, y Mr. Dumas salió á abrir el biombo que nos separaba de su cámara. Contra lo que yo esperaba por mi parte, el novelista, riente y placentero, nos cogió por la mano afectuosamente, prodigándonos sus ofertas, y entre ellas la de que durmiéramos la siesta en su compañía, á cuyo efecto ofreció á nuestra disposicion los flotantes columpios pendientes del techo y cerrados por redes sutiles ó mosquiteras recogidas en pabellones; capricho singular en que no habíamos reparado hasta entonces.

Mucho temimos vernos obligados por la sincera tenacidad de Dumas á aceptar su oferta; pero Horacio halló recurso suficiente para eludir el compromiso, haciendo valer sobre todo la circunstancia especial de sus deberes como redactor de la *Presse*.

Nos acompañó, pues, siempre afectuoso, hasta la misma escalinata de ingreso, donde nos aguardaba ya el carruaje, en el que subimos y que nos condujo á escape por las pintorescas orillas del Sena, pasando por Auteuil y junto al bosque de Boloña, hasta llegar, despues de un considerable rodeo, á París, donde entramos por la puerta de Saint-Martin.

José Pastor de la Roca.

[illegible]ION [illegible] GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El monarca que ama la gloria, la conquista á la cabeza de sus pueblos.

A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El número premiado en el último sorteo ha sido el 18,968. El suscritor que tenga este número le corresponde el regalo del cuadro ofrecido.

Los señores suscritores de provincias se servirán renovar la suscricion si no quieren esperimentar retraso en el recibo del número próximo en que principia la revista de la *Esposicion de pinturas*.

A los de Madrid se les pasará el recibo al tiempo de repartirles el Almanaque de regalo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.